

A close-up photograph of a spider web in a dark corner. A single red fly is caught in the web, its body and legs illuminated against the dark background. The web's intricate spiral pattern is clearly visible. The background consists of dark, vertically-oriented wooden planks.

Félix J. Palma

Los arácnidos

Este libro reúne ocho cuentos que ahondan en el universo que Félix J. Palma va construyendo con imaginación y acierto, un universo trastornado donde el humor y el absurdo campan a sus anchas.

Una anciana que convierte su casa en la guarida de una araña, una bañera asesina, una confusión de cadáveres y un suicidio contagioso son algunas de las historias de esta obra en la que, con una escritura envolvente, cuajada de hallazgos e imágenes inolvidables, Palma continúa explorando el lado más ridículo de la condición humana.

Para Aida, que me salva la vida cada día.

«Las fantasías modernas se refieren siempre a algún
símbolo más antiguo y más simple.
La aventura podrá ser loca,
pero el aventurero debe ser cuerdo.
El dragón, sin San Jorge, no sería siquiera grotesco».

G. K. Chesterton

CONFUSIÓN MACABRA

Los lunes la ciudad tiene un despertar cansado de perra recién parida. Eliseo Barroso siempre asiste al remiso advenimiento del día tenso bajo las mantas, imaginando que su parsimonia se debe a los problemas de la luz para asirse a un mundo que la noche abandonó húmedo, como si la claridad resbalara continuamente de las lentejuelas de rocío derramadas sobre la hierba del jardín. A veces consume un largo rato contemplando a Verónica, que duerme separada de él por la distancia que la rutina matrimonial impone en el lecho. Y entonces siente una mezcla de piedad y envidia al oír el significativo ronroneo con que ella anuncia la perfección de su descanso. Por su postura confiada, Eliseo deduce que Verónica cree ocupar el espacio que le corresponde, su exacto lugar en el mundo. Incluso se atrevería a decir que ha dejado que la vida la arrastre sin resistirse hacia este momento de vulgar plenitud, convencida de que yacer cada noche junto a él es lo correcto.

Eliseo, sin embargo, apenas logra adentrarse en el sueño, como esos ancianos que no pasan de mojarse los pies en la puntita del mar. Hace casi tres años que le atormenta la idea de habitar una madriguera errónea, de encontrarse en el colchón equivocado. Por eso, en las honduras de la madrugada, se escurre del lecho y se encierra en el baño. Allí, sentado sobre el inodoro, realiza siempre el mismo ritual. Abre su cartera y, con dedos de cirujano, le extrae el corazón: el recorte de periódico que le confirma que toda su vida es un error monumental, un despropósito en el que nadie repara. Ajado y amarillento, el recorte muestra la fotografía de una mujer que dedica a la cámara una mirada

entre aturdida y furiosa. En el pie de foto puede leerse: *Laura Cerviño Frías, una de las víctimas del equívoco*. Sobre la crónica hay una entradilla donde se informa que, debido a un error del hospital, una mujer tuvo que velar durante diez horas el cadáver de una desconocida. El titular reza: *Confusión macabra*.

Cuando el primer machetazo de luz hiende la cortina del dormitorio, Eliseo dedica al despertador el alzamiento de cejas que lo hace sonar. Verónica, como si el timbre la arrancara siempre de entre los brazos de Errol Flynn, suelta invariablemente un gruñido hosco. Comienza entonces la torpe representación de la higiene personal, los tropiezos en la angostura del baño y el rezongar del niño, una coreografía doméstica con aires de danza sagrada que acaba desembocando milagrosamente en la pastoril escena del desayuno: Verónica perfumada hasta la médula, vestida de profesora de instituto; el niño repeinado, practicando la lectura con las esquelas del periódico; y él amortajado de gris sucio para la oficina. Todos alrededor del plato de tostadas que ha brotado como por arte de magia durante el ceremonial.

Intentando que su hastío no le rebose el alma, desbaratándole la sonrisa de estúpida complacencia que esgrime ante la que tal vez sea su familia errónea, Eliseo da un sorbo al café. «Rogad a Dios en caridad por el alma de doña Francisca López Grimaldi», dice Arturito, con su voz puntiguda de huérfano de Dickens. Por un instante, Eliseo sopesa la posibilidad de sugerirle que practique con los pedestres titulares de la sección de deportes, pues no le parece saludable compartir el desayuno con los fallecidos del día anterior, pero finalmente decide dejarlo correr. Una de sus aspiraciones de padre es explicarle al niño en todo momento por qué le ordena tal o cual cosa, evitar en lo posible recurrir a la denostada muletilla «porquoyolodigo»; pero considera que Arturito es demasiado pequeño aún para ser aleccionado sobre los arcanos de la muerte, y mucho más

para explicarle los ridículos trámites que hay que seguir para desembarazarse civilizadamente de un cadáver. En su lugar, mordisquea su tostada y asiente como si escuchara el parloteo de Verónica, que hoy versa sobre el dilema de plantar azucenas o begonias en el parterre situado al fondo del jardín. A Eliseo le importa una mierda una flor u otra, pues duda poder distinguirlas o que alguna vez se detenga ante el arriate con el único propósito de contemplarlas. Escoge las begonias rezando no tener que justificar su elección. «Descansó en la paz del Señor don Pedro Vega Bermúdez», continúa el niño, pasando revista a la tropa de los difuntos con su dicción trabajosa.

Tras el episodio del desayuno, la familia se dispersa como apremiada por una alarma antiaérea. Madre e hijo suben al coche, y tras despedirlos agitando la mano maquinalmente, Eliseo camina hacia la parada del autobús, ubicada a sólo unos metros de su adosado. Una vez en su asiento, con el maletín sobre las rodillas, se dispone a consumir la media hora de trayecto hasta la oficina pensando en Laura Cerviño Frías, la mujer a la que cree que debería amar. Sólo la ha visto una vez, y ni siquiera le pareció hermosa. A lo sumo se imagina que podría resultar atractiva con un maquillaje acertado que potenciara sus ojos color miel, el rasgo más destacable de su persona. Tampoco se le antojó simpática, más bien todo lo contrario, aunque eso lo achaca a la situación en que se conocieron. Aun así, Eliseo está cada vez más convencido de que su destino es amarla. Amarla con desesperación. Amarla como nunca ha amado a nadie.

La conoció hace ya casi tres años, el mismo día en que falleció su madre. Ambos sucesos ocurrieron la tarde de un miércoles invernal, con el mundo entoldado por un emplasto de nubes negras. Eliseo acudió después del trabajo al Hospital Clínico, donde la noche anterior había ingresado a Sagrario, su madre, en estado de semiinconsciencia. Por la mañana le habían comunicado por teléfono que se

encontraba estabilizada, pero esa tarde, cuando la enfermera lo condujo hasta la cama donde se hallaba, Eliseo se encontró ante el cuerpo entubado de una anciana que no conocía. La examinó con denuedo, no fuera a negarla por despiste. Lo que yacía en aquella cama también consistía en un montoncito de arcilla al que se le transparentaba la osamenta, pero no era su madre. Cuando advirtió a la enfermera del error, ésta le dedicó una mirada escéptica. Tuvo que insistir varias veces para que la empleada se decidiera a inclinarse sobre aquel cuerpo acartonado para preguntar: «¿Cómo te llamas, guapa?» Con un hilito de voz, la interpelada contestó: «Matilde Frías Romero, para servirla». Dedicó Eliseo a la descreída enfermera una sonrisa de triunfo que enseguida se le congeló en los labios, pues aquel equívoco aparentemente tonto podía tener consecuencias nefastas. Lo comprendió cuando el personal sanitario comenzó a buscar a su madre con cierta alarma. Primero barrieron la estancia donde se hallaban, una amplia habitación que, debido al concierto de tantas respiraciones agónicas, parecía encontrarse junto al mar. Luego continuaron con el resto de la planta. Eliseo colaboró en aquella batida entre la incredulidad y la zozobra. Rastrearón los quirófanos, la UVI e incluso la cafetería, como si su madre fuese una niña traviesa que podía esconderse en cualquier parte del edificio, pero Sagrario no aparecía por ningún lado. Entonces, a un paso de mirar en los armarios de la limpieza, Eliseo sintió un presagio funesto. Agarró del brazo a la enfermera que capitaneaba la hueste de celadores y le preguntó si durante la noche había habido alguna defunción. Con el alboroto de una turba de linchamiento, todos se dirigieron al mostrador de recepción. Allí les informaron de que durante la noche había fallecido una mujer, que respondía al nombre de Matilde Frías Romero. Eliseo y la enfermera cruzaron una mirada significativa. Corrieron al cementerio, pero llegaron demasiado tarde: la supuesta Matilde Frías acababa de ser incinerada. Un grupo de perso-

nas cabeceaba junto al horno entre la consternación y la modorra. Todas recibieron con espanto la irrupción en la sala de Eliseo y su séquito de curiosos. Una mujer delgada, de unos cuarenta años de edad, que tenía los ojos color miel enrojecidos por el llanto, se desgajó del grupo con una zancada bizarra y plantó cara a los intrusos identificándose como la hija de la finada. Eliseo la sacó de su error: «Tu madre está viva, acabo de verla en el hospital. Ésa era mi madre».

Poco sospechaba Eliseo que fuese a encontrar al amor de su vida en un tanatorio, ante las cenizas presentes de su madre. Pero eso lo sabía ahora; en ese momento, ante el rostro atónito de la mujer que había invertido casi diez horas en velar a una desconocida, no pudo considerar que aquella situación mereciera otro adjetivo que el de «macabra», como certificarían los periódicos del día siguiente. Dado que la hija no había querido identificar el cadáver, prefiriendo recordar a su madre viva, y que ahora ya era demasiado tarde para hacerlo, a Eliseo le costó que lo creyeran. La mujer atendía a sus explicaciones entre aturdida y recelosa, como quien asiste al discurso de un vendedor de crecepelos. Por un momento, sus reiteradas negaciones de cabeza hicieron pensar a Eliseo que aquella desconocida había vertido tantas lágrimas que ahora no querría reconocer que las había malgastado; incluso temió que prefiriese dejar las cosas así, fingir que su madre había muerto realmente y traspasarle a él la anciana del hospital, aquella pieza de más que arruinaba el sentido de la escena. Pero finalmente, gracias a la intervención de la enfermera, el desconcertado velorio acabó por aceptar que aquellas cenizas pertenecían exclusivamente a Eliseo. Se escucharon aquí y allá murmullos de alivio, y luego se hizo un silencio expectante. Enjugándose las lágrimas, todos miraban a Eliseo, el único que al parecer tenía derecho a llorar allí. Más por complacerles que por propia voluntad, Eliseo se acercó al horno pero, de la misma forma que no podía vaciar la vejiga en

un urinario abarrotado, le resultó imposible derramar lágrimas. Ahora estaba obligado a manifestar un dolor superior al que la desconocida había mostrado, y no creía poder lograrlo sin resultar cómico. Se limitó a ejecutar un par de ademanes consternados; luego se volvió hacia los presentes encogiéndose de hombros, como disculpándose por su falta de pasión filial.

Juntos como hermanos, se marcharon al hospital a formular las denuncias pertinentes, pero antes fueron a la planta donde había empezado todo. Laura Cerviño abrazó el cuerpo de su madre con tanto ímpetu que Eliseo temió que lo desmigara sobre las sábanas. Pegado al marido de la mujer, un hombre pálido con aspecto de pasarse los días clasificando legajos en algún sótano olvidado, asistió a un reencuentro que ni le iba ni le venía, sintiendo un ligero desagrado ante la sonrisa floja con que la anciana se dejaba hacer. Parecía comportarse como si realmente hubiera obrado el milagro de la resurrección y volviese de verle las enaguas a la muerte, cuando la realidad era que ni siquiera había tenido vista para abandonar el lecho y emular a Tom Sawyer en el sueño de todo hombre: asistir a su propio funeral. Luego, llegó el siguiente acto de aquel tétrico sainete, la hora de pedir cuentas. Ella quería que la clínica pagara por las lágrimas que había derramado, y él por las que no había vertido. El hospital, naturalmente, descartó toda negligencia o error médico, amparándose en una serie de coincidencias entre las dos pacientes: ambas ingresaron la misma noche con apenas diez minutos de diferencia, eran octogenarias y padecían falta de consciencia. La confusión se había producido porque la familia de Matilde no identificó el cadáver. Aun así, Laura Cerviño siguió adelante con la denuncia y Eliseo, por inercia, también realizó los trámites. Después llegaron los periodistas, y se encontraron cercados de micrófonos como una pareja de amantes famosos. Cuando aquella pesadilla acabó y Eliseo pudo recalar al fin en el plácido regazo de Verónica, lo hizo demudado y ab-

sorto, como si fuese él el resucitado. Y no fue hasta el día siguiente, al encarar la crónica del periódico, cuando comprendió que no lo había soñado. Todo aquel delirio había sido real. Y su madre había muerto sin esperarle, abandonando el mundo de los vivos con una discreción ejemplar. Su único consuelo era que al menos alguien la había acompañado en su desembarco en las tinieblas, llorando su muerte con una sinceridad que tal vez él no hubiese podido manifestar, pues aunque no quisiera reconocerlo, eran muchos años ya lidiando con los arrebatos seniles de su madre como para sentir ante su partida un dolor limpio, incontaminado de alivio.

Al principio, guardó en su cartera el recorte del periódico —donde aparecía una indignada Laura Cerviño— sin saber exactamente por qué. No era un recorte apropiado para enseñarlo a los amigos ni a los nietos, pero era la crónica de algo que le había ocurrido a él, de un suceso que, lo quisiera o no, le había sucedido. Conservar el recorte equivalía a aceptarlo sin rencor. Ahora aquel hecho formaba parte de su existencia, se sumaba al rosario de incidentes que era su vida, y debía darle la bienvenida como a todos los demás. A partir de ese momento, él sería el hombre que una vez perdió a su madre en los insondables intestinos del Hospital Clínico. Esa sería su cruz, la referencia exótica de su vida, como para otros era haber sido agraciados por la fortuna en un sorteo o sodomizados por un amigo en una borrachera.

Un mes después, asumido tanto el fallecimiento de su madre como los desgraciados acontecimientos que lo habían rodeado, Eliseo Barroso pudo estudiar lo sucedido con frialdad. Y pese al inevitable aire grotesco del entuerto, no logró evitar sentirse maravillado por el hecho de que una desconocida hubiese velado a su madre. ¿Qué sentido tenía aquel dolor sin dueño? ¿Y qué sucedería cuando muriese la auténtica madre de Laura Cerviño? ¿Le atormentaría no llorarla con el mismo énfasis que había dedicado a la

desconocida? Aquellas preguntas siempre acababan anegándole de tristeza infinita hacia la mujer de la fotografía, que tendría que vivir la muerte de su madre dos veces.

Sin embargo, con el paso de los días, empezó a examinar el recorte con otros ojos. Pronto dejaron de preocuparle las consecuencias trágicas del equívoco, y comenzó a intrigarle el hecho mismo de que éste se hubiese producido. ¿Por qué habría querido el azar que su existencia se cruzara con la de la mujer de la fotografía? Eliseo siempre había mostrado una morbosa fascinación por las casualidades de la vida, desde las más idiotas a aquellas que rigen veladamente el destino de los hombres. Y estaba claro que Laura Cerviño y él aún conservaban en la piel la tibieza de esa mano invisible que movía las piezas furtivamente, a escondidas del creador. Olvidarlo, encogerse de hombros, equivalía a no ver en aquel enredo más que un malentendido sin ningún sentido, y era precisamente esa falta de sentido lo que lo volvía desagradable y absurdo. Pero, ¿por qué no habría de tenerlo? Por encima de todo, aquel suceso había propiciado que la mujer y él se conocieran, y ese podría ser su loable propósito, la aspiración final de aquel rebuscado cambalache de cuerpos. Fue así como Eliseo empezó a considerar que el azar, al que no podía evitar adjudicarle el rostro de su madre, trataba de unirlo a Laura Cerviño Frías, y que aquel celestineo fantasmagórico formaba parte de un ambicioso proyecto de restauración del mundo, porque el azar bien podía consistir en una fuerza benefactora cuyo objetivo era ordenar el caos primigenio, una fuerza que el hombre despreciaba porque éste sólo veía pinceladas aisladas, pues se necesitaba una mente abierta para distanciarse del lienzo lo suficiente y ver el cuadro en su totalidad.

Las casualidades estaban tan presentes en el mundo que era idiota no reconocer que formaban parte de un plan conjunto. Hasta Fabián y Julia, la insufrible pareja con la que Verónica se empeñaba en cenar todos los sábados, se habían conocido debido a una confusión de maletas. Eliseo

lo sabía porque Fabián se apresuraba a contarlo a la menor oportunidad, nada más la conversación le daba pie para filosofar sobre el sinsentido de la vida. Antes del suceso del hospital, a Eliseo le parecía que lo único absurdo de su existencia eran precisamente aquellas cenas, pero luego, cuando empezó a caminar por la vida con la fotografía de una desconocida en la cartera, vislumbró en la tonta anécdota de las maletas la misma mano atenta que había tratado de enhebrar su existencia con la de Laura Cerviño. Se le escapaban los motivos que tendría el destino para unir a aquel par de botarates, pero resultaba evidente que, a pesar de que habían ido construyendo su vida como dándose la espalda, cada uno se dirigía sin saberlo hacia la maleta del otro, presa de una sutil fuerza magnética que rubricaría su labor en el aeropuerto de la ciudad. Su relación con Verónica, sin embargo, había crecido ajena a los volatines del azar. Ahora, Eliseo le ponía los cuadros, le fregaba los platos o le hacía el amor maldiciéndola en secreto, reprochándole que hubiese tenido la desfachatez de nacer en su mismo rellano. Aquella falta de suspense le irritaba, y se mortificaba pensando que debía haber convencido a sus padres para mudarse de casa en vez de jugar con la hija de los vecinos a lanzar escupitajos por el hueco de la escalera, enroscados en los hierros de aquella barandilla que los vería crecer, explorarse las diferencias, hacerse novios, mudarse juntos. Por eso, asqueado del sencillo hilado de sus vidas, muchas veces se imaginaba viviendo con la mujer del recorte. «¿Queréis saber cómo conocí a Laura?», preguntaría a los amigos durante las cenas de los sábados y, sin esperar respuesta, relataría con voz de trovador el trapicheo de progenitoras que los había arrojado al uno en brazos del otro, mientras imaginaba a su madre sonriendo con complicidad desde alguna tronera de la ultratumba.

Cuando el autobús llega a su parada, Eliseo sacude la cabeza con brusquedad, como si necesitara de ese gesto físico para ahuyentar sus ensoñaciones, y se apea sin ganas,

la fotografía de Laura Cerviño quemándole el corazón a través de la cartera. ¿Hasta cuándo durará este suplicio? De hoy no pasa, se dice una vez más, sabiendo que, a pesar de que Verónica y Arturito tienen ensayo de la obra de Navidad, al llegar a casa no hará nada. Como mucho buscará el número de teléfono que hace algún tiempo copió de la guía, y se acercará al aparato aclarándose la garganta, pero una vez más no realizará la llamada que cambiará su vida.

—¿Dígame?

—Buenas tardes, ¿hablo con Laura Cerviño?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Eliseo. Eliseo Barroso.

—...

—¿No me recuerda?

—No, lo siento, pero...

—Nos conocimos hoy hace 1.019 días. El miércoles 20 de octubre de 1999.

—...

—Soy el hijo de la mujer a la que usted confundió con su madre en el tanatorio.

—¿El hijo de...? Ahora le recuerdo, sí. Hace tanto tiempo, que no...

—Lo sé, no se preocupe. Yo, sin embargo, lo recuerdo perfectamente. Conservo incluso un recorte del suceso, ¿sabe?

—Ya.

—Y su madre, ¿cómo está?

—Mi madre murió dos meses después de aquello.

—Lo siento mucho.

—Se lo agradezco. Y, dígame, ¿qué es lo que quiere?

—Yo... Verá, necesito hablar con usted.

—¿Hablar? ¿Quiere hablar de lo que ocurrió? Yo ya lo he olvidado, ¿sabe? Cursé la denuncia, pero...